

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Justino Fernández

“Edmundo O’ Gorman. Su varia personalidad”

p. 13-18

Conciencia y autenticidad históricas

Escritos en homenaje a Edmundo O' Gorman

Juan Antonio Ortega y Medina (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Filosofía y Letras

1968

436 p.

Figuras

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/114/conciencia_autenticidad.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Justino Fernández **EDMUNDO O'GORMAN, SU VARIA
PERSONALIDAD**

Ya desde muy joven caracterizaba a Edmundo una tendencia agudamente intelectual que manifestaba en todo género de especulaciones. De inteligencia privilegiada, siempre asombró con ideas que resultaban novedosas. Nacido en un medio nada vulgar, heredó, quizá de su madre, la virtuosa y afable Chonita, como la llamábamos cariñosamente, los destellos del intelecto, mientras que de su padre, Cecil, finísimo pintor, el gusto por el arte y el sentido estético.

Andando el tiempo, Edmundo se convirtió en abogado. Lo recuerdo con sombrero, bastón y flor en el ojal del saco. Habilísimo en su profesión, en la que su personalidad y modo de ser le abrían todos los caminos, no tardó en alcanzar muchos buenos éxitos. Pero el bufete le pesaba. Gran lector de historia y de literatura, sus gustos e inclinaciones iban por estos derroteros, y, sin embargo, seguía en la brega de los litigios que le ofrecían, como se dice, “un brillante porvenir”. Ciertamente lo tenía... pero no por ahí. Un buen día se hartó de las leyes y de la clientela y decidió dedicarse a los estudios históricos.

Sus primeros largos pasos en el nuevo sendero que lo conduciría a la que es su personalidad más definida, tuvieron lugar en el Archivo General de la Nación. Había abandonado la abogacía por la historia. De esa época dejó huella en muchos trabajos y en el *Boletín del Archivo*, que fue otro desde que pudo meter la mano en él.

Le interesaba sobre todo el pasado colonial y, como tenía coche, que manejaba diestramente, recorriamos juntos muchos kilómetros, por caminos que no se parecían a las modernas carreteras, para visitar algún monumento del siglo xvi. Así logramos conocer objetivamente buena parte de nuestra historia, “paseos coloniales” que amenizaban las conversaciones, la de Edmundo siempre eru-



14 *Justino Fernández*

dita. Estas andanzas nos familiarizaron con el país, con el campo, con sus habitantes, con su arquitectura.

Nuestro entusiasmo por los monumentos de las primeras épocas de la Nueva España nos llevó a cumplir el deseo de experimentar —no muy en serio— la vida monacal. Nos posesionamos por ocho días de unas celdas del convento de Acolman. Llevamos catres plegadizos, cobijas, linternas, libros, papel y plumas; lo demás lo improvisamos; unas tablas eran las mesas de trabajo. Nos impusimos regla: desayunarnos muy temprano, trabajar todo el día, comer a las cinco de la tarde y acostarnos apenas caída la noche. Estudiamos el monumento con detalle, nos intrigaba qué partes de él eran la primitiva, la posterior y la última. Edmundo especulaba sobre todo ello, mientras yo dibujaba el mural de Santa Catarina en la capilla abierta. En algunos ratos libres leíamos la *Vida interior*, de Palafox, o el *Santo Tomás*, de Chesterton. La experiencia nos gustó, pero no la resistimos por mucho tiempo. Sin embargo, insistimos en ella por dos veces más en otras vacaciones.

Otra empresa en común y distinta fue la tipografía. Un buen día decidimos ser impresores. Adquirimos una prensa de mano y comenzamos a componer con tipos móviles frente a un espejo. Salieron nuestras primeras producciones, obrillas breves de poesía, de amigos entusiastas y de poetas de otros sitios. Después nos creció la ambición, compramos una prensa usada, pero con motor, y un viejo tipógrafo a nuestro servicio nos enseñó muchos trucos que junto con nuestras ocurrencias daban por resultado libros de mejor calidad. A veces Edmundo componía, otras yo; imprimíamos los dos. Lo más molesto era lavar la prensa; pero este trabajo al margen de nuestros quehaceres habituales, nos entusiasma. Varios libros llevan viñetas con color puesto a mano; las tiradas eran limitadas. De la poesía pasamos a la historia, a la literatura, a la filosofía. Financieramente aquello era un fracaso. Nuestra editorial se llamó *Alcancía* y de su producción me he ocupado en otro sitio. *

Después vino el inicio de nuestra vida como profesores en la Universidad. El viejo edificio de los “Mascarones”, donde se alojaba la Facultad de Filosofía y Letras, brindaba un ambiente muy atractivo, con su patio arbolado, sus corredores y aulas, todo de humana proporción; el número de estudiantes era suficiente como para tener trato amistoso. En verano se llenaba el edificio de rubias cabelleras que lo alegraban todo. Edmundo

* *Las revistas literarias de México* (2ª serie). México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1963.



atraía la atención de los estudiantes por su cátedra excelente, clara y sesuda. Desde entonces fue un antitradicionalista en materia de estudios históricos, por su enfoque original de la historia, lo que le atrajo también no pocas críticas. Con sus libros dio muestras de lo que se proponía: *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, *Fundamentos de la historia de América*, y otros que aparecieron más adelante. Sus ideas se prestaban a la polémica por su novedad, y no rehuyó el diálogo; célebre entre todos el que sostuvo con Marcel Bataillon.

Consecuencia de la profesión y de la fama han sido las conferencias en el extranjero. Como su dominio del idioma inglés es perfecto, recorrió varias universidades de los Estados Unidos del Norte, siempre con extraordinario buen éxito. Con esas correrías enriqueció su experiencia, y la de otros con su libro *The Invention of America*.

Desde jóvenes éramos lectores de la *Revista de Occidente* y de muchas de sus publicaciones. Ortega y Gasset nos entusiasmaba. Con el fin de la guerra civil en España sucedió algo que tuvo positiva trascendencia para la vida cultural de México y para la de nosotros en particular: arribaron a nuestras playas del intelecto profesores que sólo conocíamos por sus escritos. Desde sus primeras conferencias, el doctor José Gaos nos abrió los ojos en muchas direcciones; era como encontrar a un viejo amigo. Después asistimos por largos años a su cátedra y de él aprendimos mucho, aun la manera de enseñar a otros. Todavía Antonio Caso daba magistrales conferencias y, en este aspecto, sólo Gaos podía rivalizar con él. Fueron años fecundos, de gran actividad intelectual llena de auténtico interés por las ideas viejas y nuevas expuestas con rigor. Gaos impuso la lectura y explicación de textos filosóficos. Sus cursos sobre Descartes, y la lectura de *Ser y tiempo*, de Heidegger, son inolvidables, como lo son también sus conferencias sobre varios temas. A los primeros meses de su arribo a México, Gaos distinguió los trabajos históricos de Edmundo y estimó su capacidad intelectual. La amistad con el maestro nos ha unido desde entonces, pues casi no hemos interrumpido la frecuencia semanal de cenar juntos y en esa intimidad ha sido para mí un espectáculo maravilloso el chisporroteo de ideas en conversaciones del mayor interés entre Gaos y Edmundo.

El tiempo pasa, no sé si para bien o para mal; transcurre sin que se le note, pero señala su paso. En el caso de Edmundo, como historiador y como maestro, deja hasta ahora una labor fecunda, en sus libros y ensayos, y en sus discípulos, ahora ya profesores también. De su actitud liberal y de su temple moral



16 *Justino Fernández*

ha dado muchas y vigorosas muestras desde diversos cargos y comisiones en la Universidad, siempre con un sentido de justicia benigna que le ha acarreado en ocasiones injustas críticas. Su personalidad es de esas que se aceptan o se rechazan, sin términos medios, pero nadie puede negarle su capacidad intelectual en todos los órdenes. Cuando actúa como jurado en un examen profesional es un día de fiesta.

Elegante en las maneras, en el vestir y en el hablar, no podía ser menos que un hombre de mundo. Éste rivaliza con el intelectual, con el filósofo de la historia, con el hombre de vastas lecturas, de ideas y erudición cabal. Gaos ha dicho bien que quizá sin ser hombre de mundo no se puede ser gran historiador. Edmundo ha probado ser lo uno y lo otro. Dos viajes a Europa lo pusieron en contacto con todo lo valioso del Viejo Mundo y le ofrecieron nuevas perspectivas.

A lo largo de estos recuerdos he hablado con frecuencia en plural, ruego que se me perdone, pero no podía ser de otro modo. Hemos crecido, nos hemos desarrollado intelectualmente de manera paralela, hemos convivido por tanto tiempo que nuestras biografías se entrelazan en buena parte. Y éste es un rasgo más de la personalidad de Edmundo, el buen sentido que tiene de la amistad.

Al intelectual, al historiador, al amigo estábamos acostumbrados, tanto como a lo que podemos llamar sus genialidades. Mas un día nos sorprendió como arquitecto. Cierto que el gusto por la arquitectura siempre lo había tenido, por la antigua y por la popular, más que por la de “stream line”. Su amistad con Luis Barragán lo ha fecundado, por sus diferencias y coincidencias. Se inició con remiendos y transformaciones de su propia casa en San Ángel; construyó otra; tiene un gusto especial por la albañilería, por la carpintería y por la botánica, heredado quizá de su padre, así como un sentido estético que corre parejo con el intelectual. Todo había sido “hacer pinitos”, pero su casa en Temixco es obra que vale la pena considerar, por la forma, aparentemente arbitraria de su ejecución, y por los resultados. Amplias terrazas, mucha vegetación bien colocada en sitios adecuados; las habitaciones de elegante sencillez; las comunicaciones de original complicación; y a salvo del exterior, la intimidad inviolable. Agua corriente y estancada, los arrozales a la vista y la espalda vuelta a la población. Tal es el refugio que se ha construido Edmundo, con esfuerzo y con voluntad, que la tiene en gran medida.

Una sorpresa más nos ha dado en los últimos años. A su



actividad de constructor ha unido la de pintor, y en ello también con esfuerzo y voluntad mantenidos, como en el caso de la arquitectura, por un gusto, y dijera, por un goce auténtico, y así ha logrado algunas obras de gran perfección. Comenzó con una idea original: hacer copias de pinturas modernas, como antes se hacían de las antiguas. A algunos no les gustó que copiara a Picasso, a Chagall o a Klee, y que alterara sus pinturas a su gusto, pero así adquirió práctica, y con el tiempo se remontó a la historia, a Caravaggio y a otros, con buen éxito.

Hombre del Renacimiento, se dirá, y tal parece por sus varios intereses, prácticas y disciplinas, pero quizá más bien Edmundo sea un hombre del siglo xviii; la Ilustración le viene bien y esto se trasluce, sobre todo, en muchos de sus escritos, de excelente prosa y claridad, no siempre estimada por la complicación propia de las ideas expuestas. Cuando dicta conferencias, como las recientes de la Academia de la Historia, la de su ingreso, sobre Hidalgo, y la del centenario de Las Casas, no deja lugar a duda respecto de sus conocimientos y de su capacidad de exposición, muy atractiva y muy de maestro.

Decía antes que el tiempo no pasa en balde y, así, ha llegado el momento de que Edmundo cumpla seis décadas, completas en experiencias, en creación original, en ejemplar labor docente y universitaria. Los tiempos cambiarán, pero ahí deja él sus huellas, y nosotros le deseamos larga vida para bien de la cultura mexicana y de la amistad.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Edmond O'Gorman by his father Cecil O'Gorman, 1937